



LAS PALABRAS IMPORTAN

Génesis 2:18

Después, el SEÑOR Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Haré una ayuda ideal para él».

UN LLAMADO DIVINO

Las palabras son poderosas. Desde el momento en que somos capaces de comprenderlas, ayudan a crear, dar forma, definir y explicar nuestra realidad. Nos ayudan a involucrarnos y comprender el mundo que nos rodea. Las palabras son esenciales para las relaciones que construimos, el trabajo que hacemos y los problemas que tratamos de resolver. Tienen el poder de crear y destruir.

Tienen el poder de fortalecer y alentar o el poder de degradar y desmoralizar. El impacto de las palabras trasciende la cultura, el nivel socioeconómico, la formación académica y el género. Tanto hombres como mujeres usan sus palabras de manera constructiva y destructiva. Entonces, ¿por qué un estudio sobre las mujeres y sus palabras? Buscamos respuestas en el libro de Génesis.

En Génesis 1:26, el Señor determinó hacer el nombre a su propia imagen. Así que creó a los seres humanos para ser un reflejo de sí mismo y representarlo ante el resto de la creación. (Génesis 1:26–28).

PALABRAS DE UNA MUJER

La humanidad fue creada para un propósito específico y divino: representar a Dios y ser una bendición para el mundo. Génesis 2 continúa con este tema, dando una visión específica de la lógica de Dios para crear a la mujer: Entonces el Señor Dios dijo: “No es bueno que el hombre esté solo. Haré un ayudante que sea justo para él.” Génesis 2:18

El Señor miró su trabajo y declaró que era bueno. Pero entonces miró a Adán, que trabajaba solo en el jardín, y por primera vez declaró: “No es bueno”. Así que Dios decidió hacer un ayudante, un ezer-kenegdo, para Adam.

La palabra hebrea ezer significa uno que ayuda, uno que trae lo que falta para ayudar a otro. Un ezer ayuda a otro a lograr un objetivo. Así, la palabra ezer en realidad connota una fuerza inherente. La palabra kenegdo significa correspondiente a. Unidos, ezer-kenegdo significa una contraparte esencial o la fuerza correspondiente.

Una ezer es alguien que es por ti, un aliado, alguien que apoya, ayuda, se une a tu causa y te da fuerza. Y Dios confió su naturaleza ezer a las mujeres para que pudieran reflejar su carácter de una manera distinta y poderosa.

La palabra ezer se usa veintiún veces en las Escrituras: dos veces en referencia a la creación de la mujer y tres veces como término militar. Pero se usa dieciséis veces en referencia a Dios como nuestro Ezer, como el que aporta fortaleza y vida a su pueblo a través de la relación con Él. La fuerza vivificante de la naturaleza ezer de Dios se expone en el Salmo 146.

¹ ¡Alabado sea el SEÑOR!

Que todo lo que soy alabe al SEÑOR.

² Alabaré al SEÑOR mientras viva;
cantaré alabanzas a mi Dios con el último aliento.

³ No pongan su confianza en los poderosos;
no está allí la ayuda para ustedes.

⁴ Ellos, al dar su último suspiro, vuelven al polvo,
y todos sus planes mueren con ellos.

⁵ Pero felices son los que tienen como ayudador al Dios de Israel,[a]
los que han puesto su esperanza en el SEÑOR su Dios.

⁶ Él hizo el cielo y la tierra,
el mar y todo lo que hay en ellos.
Él cumple todas sus promesas para siempre.

⁷ Hace justicia al oprimido
y da alimento al que tiene hambre.

El SEÑOR libera a los prisioneros.

⁸ El SEÑOR abre los ojos de los ciegos.

El SEÑOR levanta a los agobiados.

El SEÑOR ama a los justos.

⁹ El SEÑOR protege a los extranjeros que viven entre nosotros.

Cuida de los huérfanos y las viudas,
pero frustra los planes de los perversos.

¹⁰ El SEÑOR reinará por siempre.

Él será tu Dios, oh Jerusalén,[b] por todas las generaciones.

¡Alabado sea el SEÑOR!

Salmos 146:3–10 (énfasis propio del autor)

Este salmo representa la naturaleza ezer de Dios como alguien que viene en ayuda de los necesitados: los pobres, los hambrientos, los oprimidos, los marginados, los pisoteados, los extranjeros, aquellos que están en una posición de vulnerabilidad, debilidad y dependencia. Aporta fuerza, ayuda, refugio, alimentación y apoyo. Dios es accesible, conocedor y está disponible para aquellos que no tienen nada que ofrecerle a cambio. Él entra en sus vidas y aporta todos sus recursos para que se conviertan en más de lo que Él pretende que sean. Los que tienen a Dios como su ayuda, como su ezer, son bendecidos (Salmo 146: 5).

Este llamado divino ha sido confiado a las mujeres. Dios creó mujeres para reflejar su naturaleza ezer aportando fuerza, vida, ayuda, apoyo y refugio en y a través de sus relaciones. Este es el poder de la feminidad dado por Dios, que Él pretende que usemos para el bien y la bendición de otros. Usar nuestra fuerza para ayudar a otro, como su aliado, no puede ocurrir aparte de la relación con ellos. Las palabras tienen un gran impacto en la formación y el desarrollo de las relaciones. Esto significa vivir el llamado de Dios como un ezer que sucederá, en gran parte, a través de las palabras que usamos, ya sean escritas o habladas.

Si bien ser ezer es el mismo llamado para todas las mujeres, hay libertad de expresión de acuerdo con la individualidad y la temporada de vida de cada mujer. La individualidad de una mujer, su singularidad personal incluye personalidad, antecedentes, educación, experiencias en la vida, luchas por el pecado, fortalezas y debilidades. Cada una de estas formas indica cómo una mujer vive su llamado ezer. Pero la etapa de la vida de una mujer, ya sea estudiante, esposa, madre, soltera, trabajadora, cuidadora de un familiar discapacitado o padres ancianos, una divorciada, una viuda, un nido vacío, una abuela, también informa cómo y con quién vive su vocación.

El llamado ezer se refleja en la capacidad de cada mujer para invitar, nutrir y asociarse con aquellos en su vida. Estas capacidades son simplemente atributos de Dios que reflejan su carácter. Invitar es la puerta de entrada que nos pone en relación con los demás. Aquí es donde comienza la llamada ezer. Invitar es dar la bienvenida a los demás a una relación segura, generosa y desinteresada donde puedan encontrar fortaleza y refugio. Cuando una mujer invita a quienes la rodean a este tipo de relación, está reflejando la naturaleza hospitalaria de Dios.

Nutrir es cuidar y fomentar el desarrollo de otro con el objetivo de la independencia. Una mujer que cuida a otros está trayendo todos sus recursos, incluyendo sus palabras, junto a otros, de tal manera que les permita florecer. La capacidad de nutrir de una mujer no depende de si es o no madre. Este atributo de Dios puede reflejarse en todas sus relaciones.

Mientras que nutrir es traer sus recursos junto a otros para ayúdarles a ser más de lo que Dios desea que sean, asociarse es ayudar a otros a lograr una meta. Al asociarse, una mujer reúne todas sus habilidades y recursos junto con otra, llevando un peso y una responsabilidad reales de tal manera que la otra persona siente que se alivia una parte de la carga y una sensación de verdadera asociación para lograr el objetivo juntas.

Estas capacidades perfectas de Dios se reflejan específicamente en mujeres, pero como resultado de la caída en Génesis 3, el reflejo de la naturaleza ezer de Dios a través de la femineidad está distorsionado. En lugar de unirnos a los demás y darles fuerza, corrompemos este llamado al aprovechar nuestra fuerza e influencia sobre los demás. En lugar de vivir en una relación interdependiente con otros donde aportamos fortaleza y vida, nos retiramos de las relaciones en auto protección o dominamos nuestras relaciones a través de la autopromoción.

Tanto la autoprotección como la autopromoción son el resultado del pecado central de la autonomía: nuestro deseo de ser autónomos y tener independencia moral en nuestras vidas, lo que impide nuestra capacidad de vivir nuestro llamado ezer.

Las palabras no son solo un asunto de mujeres, cada hombre, mujer y niño lucha por controlar la lengua. Pero debido al carácter distintivo del llamado de una mujer, para aportar fuerza en el contexto de la relación, es imperativo considerar nuestras palabras y cómo nosotras, como mujeres, luchamos por hablar de manera que refleje nuestro llamado. Demostramos nuestra autonomía usando nuestras palabras para controlar nuestras circunstancias y dirigir nuestras vidas, o las **vidas**

de los demás, en la dirección más favorable. La mayoría de las veces, esto se manifiesta en la vida de una mujer a través de algún tipo de discurso de autopromoción o autoprotección.

Recuerdo mis propios esfuerzos de autoprotección hace unos años, cuando mi esposo estaba tomando una decisión, me convencí de que sería perjudicial para nuestra familia. Lo fastidiaba, haciendo una pregunta tras otra. Agregaba puntos repitiéndolos una y otra vez. Cuanto más temerosa me volvía, más retraídas y cortantes se volvían mis palabras. La decisión que él estaba tomando nos causaría una gran incomodidad a los dos, pero finalmente sería la mejor decisión posible para nuestro hijo. El problema no era su decisión; era que no me gustaba su decisión, no quería hacer los sacrificios que su decisión requeriría. Mi lealtad en esa temporada era para mí y para mis propios deseos, y mis palabras fueron la evidencia de mi devoción.

El discurso de autoprotección puede adoptar muchas formas: desviar, cambiar de culpa, evadir, decir medias verdades, racionalizar o justificar nuestras acciones.

A continuación, se presentan algunos ejemplos de lenguaje auto protector:

- Es la mujer que nunca ha experimentado el amor afirmativo de un padre, y que critica profundamente a su propio esposo. En el fondo, teme no ser digna de amor, por lo que, en lugar de arriesgarse a ser vulnerable a él, le resulta más fácil derribar y criticar.
- Es la mujer que culpa a los cambios o se desvía durante el conflicto. Prefiere que la otra persona se sienta culpable y equivocada que tener que asumir la responsabilidad de sus propias fallas.
- Es la mujer que no tomará medidas sin hacer mil preguntas para aclarar y volver a aclarar, no por el deseo de comprender, sino porque no puede arriesgarse al fracaso.
- Es la mujer soltera que destroza verbalmente a los hombres para sentirse mejor por estar soltera.

El discurso de autopromoción también toma muchas formas. Puede parecer alardear, que es simplemente un intento de controlar las opiniones de los demás sobre nosotros. Esto puede suceder de manera obvia o sutil; a veces incluso ocultamos nuestro alarde detrás de una fachada de espiritualidad o falsa humildad, insertando estratégicamente declaraciones sobre nuestro trabajo voluntario en conversaciones con otros. Tal vez parezca halagos, el uso de elogios insinceros o excesivos con el fin de hacernos querer por los demás. Tal vez exageramos los detalles o incluso les mentimos a otros para elevarnos.

Estos son solo algunos ejemplos de discursos de auto-promoción:

- Es la mujer joven que resulta herida por una ruptura e intenta ganar a otros a su lado. Prefiere obtener piedad y vindicación para sí misma, e incitar a la ira y la división entre sus compañeros, que ser vista como indigna o indeseable.
- Es la esposa desencantada quien busca a aquellos que están de acuerdo con ella, validándola, reafirmando su frustración, legitimando sus quejas, en lugar de buscar a aquellos que hablarán duramente la verdad, desafiarán su perspectiva y fomentarán un espíritu de humildad y unidad.
- Es la mujer quien desacredita a su compañera de trabajo al señalar sutilmente sus debilidades

o fallas, que simplemente apuntan a sus propias fortalezas. Ella hábilmente socava a su compañero de trabajo en un intento de elevarse.

- Es la madre quien critica y culpa a la maestra por el fracaso de su hijo en el aula. Prefiere destruir la credibilidad y la reputación de la maestra que hacer que las luchas de su hijo se reflejen negativamente en ella de alguna manera.
- Es la mujer quien comparte su opinión sin primero sopesar sus palabras. No se toma el tiempo para pensar cómo lo que dice o la forma en que lo dice podría afectar a la persona. Lo que tiene que decir es mucho más importante que la persona a la que se lo dice.

En la raíz de la autopromoción y la autoprotección están nuestros propios deseos egocéntricos, y las palabras son las herramientas que utilizamos a menudo para satisfacer esos deseos en nuestros términos. Ejercemos nuestra autonomía, usando nuestras palabras para manipular a otros y controlar el mundo que nos rodea.

Me entristece decir que esto me recuerda una conversación que tuve una vez con mi esposo. Recuerdo que estaba irritada con él en ese momento; Algunas de mis frustraciones eran legítimas y otras no. Durante esa temporada, quería comprar algo, pero teníamos un presupuesto ajustado y sabía que probablemente diría que no. Un día me acerqué a él y expuse magistralmente mi argumento. Con calma y respeto expresé mis frustraciones con él tejiendo elementos de verdad con elementos de culpa y manipulación. Lo cubrí con falsa humildad, diciendo “Estoy segura de que probablemente soy solo yo”, y luego hice mi argumento final señalando que lo que pensé podría ayudarme, que resultó ser lo que quería comprar. Al final, obtuve lo que quería, lo cual, me da vergüenza admitir, fue el hacer que mi esposo se sintiera mal por lo que consideraba sus fallas y poder comprar lo que quería. Poco después, tuve una sensación molesta en la boca del estómago. Sabía que algo no estaba bien. Después de unos días y un poco de autoexamen, el Señor expuso los motivos egoístas de mi corazón, y pude ir a confesarlos a mi esposo y pedirle perdón.

La naturaleza insidiosa de este escenario es que ni siquiera sabía lo que estaba haciendo en ese momento. Todo tenía mucho sentido en mi propia mente, y me sentí completamente justificada en mis pensamientos, palabras y acciones. Estaba cegada, engañándome a mí misma. Mis lealtades eran para mí y solo para mí. Quería lo que quería, vindicación por los supuestos errores de mi esposo y para satisfacer mis deseos de obtener ganancias materiales. Sacrifiqué a mi esposo en el altar de mi propia agenda. Mi lealtad en ese momento alimentó mis palabras conspiradoras, intrigantes, manipuladoras que, en última instancia, reflejaron el carácter de Satanás más de lo que hizo el Señor en cuya imagen he sido creada.

El hecho fundamental es que nos amamos más de lo que amamos a Dios y al prójimo. Queremos crear nuestra propia utopía personal en un mundo que podamos administrar y controlar para garantizar nuestra máxima felicidad, comodidad y seguridad. Y sacrificaremos a otros para lograrlo. En última instancia, lo que todo esto significa es esto: nuestras palabras reflejan nuestra lealtad. Estamos dedicadas a nosotras mismas y cumplimos nuestra propia agenda, que es la autonomía,

o estamos dedicadas a Dios, sometiéndonos a su llamado en nuestras vidas y confiando en su cuidado.

El objetivo de este estudio es explorar el impacto que nuestras palabras tienen en nuestro llamado como mujeres. Como ezer, nuestro llamado se cumple a través de nuestras relaciones con los demás. Las relaciones se basan principalmente en las palabras.

Y las palabras fortalecerán y darán vida a una relación o la destruirán. Las palabras importan.

Preguntas para reflexionar.-

1. ¿Hay algo que te sorprenda sobre la definición de ezer y lo que significa ser mujer?
2. La autopromoción y la autoprotección son dos formas en que nuestro llamado se corrompe. ¿Cuál de estos es más característico en ti?
3. Si alguien registrara todas las palabras que hablaste en el último mes, ¿a quién dirían que es dedicado?
4. ¿Cuál es su lucha personal con sus palabras o discurso?